Domingo XXVII – Servidores de la Viña

Hoy la primera lectura nos propone el célebre texto de Isaías 5, conocido como el "poema de la viña". El cantor cuenta la historia de un amigo que tenía una viña. En la primera estrofa, describe todo lo que hace por la viña: escogió un terreno fértil, lo cavó y limpió de piedras, plantó cepas escogidas, edificó una torre, puso cerca, cavó un lagar. Seguramente, esta descripción producía aprobación en los oyentes, conocedores del tema, y la expectativa de que el canto continuara con un elogio de los frutos que produciría una viña tan bien cuidada. Pero lo que sigue es una profunda desilusión: "Él esperaba que diera uvas, pero dio frutos agrios".



Abel Grimmer, *Parábola de los viñadores infieles*, hacia 1611 — Museo del Prado

La segunda estrofa, en consecuencia, se transforma en un apasionado alegato. "Y ahora, habitantes de Jerusalén y hombres de Judá, sean ustedes los jueces entre mi viña y yo: ¿Qué más se podía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho? Si esperaba que diera uvas, ¿por qué dio frutos agrios?" Es claro que el verdadero protagonista es quien canta y no "su amigo", y que la historia se refiere a una relación amorosa, en la cual la solicitud del amante es mal respondida por la amada, y los oyentes quedan colocados en la incómoda situación de jueces.

Pero sin esperar su dictamen, el amante agraviado declara lo que ha decidido hacer: abandonar a la amada ingrata. "Y ahora les haré conocer lo que haré con mi viña; quitaré su valla, y será destruida, y pisoteada. La convertiré en una ruina, y no será podada ni escardada. Crecerán los abrojos y los cardos, y mandaré a las nubes que no derramen, lluvia sobre ella".

Esta última amenaza, la de retirar la lluvia de la viña, revela que el cantor está actuando como profeta que habla en nombre de Dios: "Porque la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel,

y los hombres de Judá son su plantación predilecta. El esperó de ellos equidad. y hay efusión de sangre; esperó justicia, y hay gritos de angustia". No se trata, pues, de una relación amorosa cualquiera, sino del amor de Dios hacia su pueblo, todo lo que hizo por Israel esperando frutos de justicia, y recibiendo, en cambio, las "uvas agraces" de la injusticia: "efusión de sangre y gritos de los oprimidos", en alusión a la codicia de los jefes políticos que con violencia despojaban a los campesinos de las tierras fértiles. El poema termina siendo una amenaza contra esos gobernantes: como en la historia de la viña, Dios los abandonará a la destrucción.

Así entendemos cómo Jesús pudo reelaborar este poema y convertirlo en la parábola de los "viñadores homicidas", dirigida no ya contra los jefes políticos sino contra los jefes religiosos que pretendían apropiarse del Pueblo para su provecho. Por eso los representa como viñadores que deciden arrebatar la viña a su legítimo dueño y que rechazan o matan a todos los servidores que éste envía para percibir los frutos. Y cuando el dueño, como último recurso, decide enviar a su propio hijo, el heredero, ellos deciden matarlo para consumar su plan. Es claro que esta alegoría se refiere a los jefes religiosos que mataron a los profetas y ahora estaban dispuestos a hacer lo propio con el Hijo y Heredero, Jesucristo.

Esta parábola podría aplicarse no sólo al pasado (la historia de Israel) sino al presente: la dirigencia política o religiosa que se apropia del Pueblo al que deberían servir. Pero también podemos encontrar en ella un sentido personal. Si identificamos la viña con nuestra vida, ¿quiénes seríamos nosotros con relación a ella? Podríamos pensarnos como el dueño: yo tengo el poder de decidir sobre mi vida. Pero la Palabra de Dios me invita a reconocer que el verdadero dueño es Dios: Él es el que plantó la viña, la cuidó con esmero, y algún día veré con claridad que no pudo haber hecho más por mí. Yo, en cambio, soy el servidor, el administrador de mi propia vida, porque no puedo proceder a mi arbitrio, soy responsable ante Dios, no sólo deber de justicia sino de gratitud. Y el pecado consistirá en el intento de apropiarme de mi vida e independizarme de D. Si lo hago, la viña quedará desierta. Habré arruinado mi vida.

Existen, por lo tanto, dos modos de comprender nuestra vida, que lleva a dos modos radicalmente distintos de vivir. Si me creo el dueño de mi vida, mi objetivo será dar frutos para mí mismo, realizarme, conquistar la felicidad. Pero nunca lo lograré, porque la felicidad no puede ser un fin en sí mismo, sino la consecuencia de haber alcanzado un fin realmente valioso. Por eso dice Jesús: "Quien quiera ganar su vida la perderá, quien la pierda por Mí, la ganará" (Mateo 16,259.

La Palabra de hoy nos invita al camino contrario, el de no apoderarnos o apropiarnos de nuestra vida. La pregunta correcta no es "¿soy feliz?", "¿me siento realizado?", sino: ¿soy un servidor fiel? Porque el fin de mi vida, mi verdadera realización y felicidad, consiste en dar frutos para Dios.

P. Gustavo Irrazábal

4710/2026